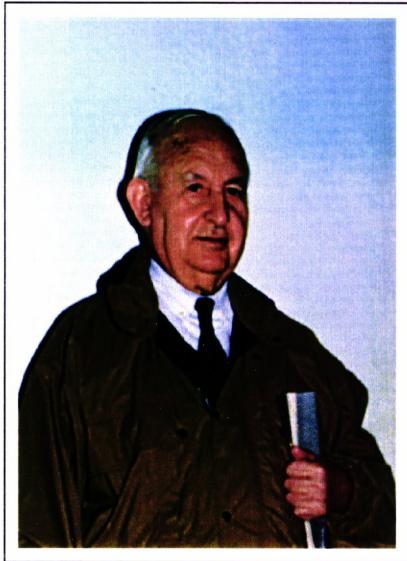


Comunidad Salesiana “Don Bosco”

Atocha - Don Bosco
Ronda de Atocha, 27
28012 MADRID



Queridos hermanos:

El 19 de diciembre de 1998, sábado, a las 23:00 horas, fallecía en la clínica “La Milagrosa”, de Madrid

**D. Fernando BELLO LOURO,
salesiano sacerdote**

Había ingresado la tarde de la Inmaculada Concepción, aquejado de una seria afección biliar (colelitiasis); días antes se había sentido algo indipuesto, aunque, quizá por no molestar, no la había dado mucha importancia; pronto degeneró en pancreatitis aguda, a la que no logró sobreponerse. Su muerte no ha sido una sorpresa para nosotros, aunque se nos antoja, eso así, prematura e inclemente. Es nuestra certeza, con todo, que nuestro buen Dios haya querido sustituirnos y sobrepasarnos en el cariño y las atenciones que le estábamos prestando durante su breve enfermedad. En pleno Adviento, el Señor Jesús cumplió su palabra de venir a su encuentro: ¡bendito sea por siempre! D. Fernando dejó de vivir de esperas y goza ya la eterna navidad: ¡feliz él!.

A pesar del dolor que compartimos con vosotros, familiares y hermanos, os rogamos encarecidamente que os unáis a nuestra acción de gracias al Padre por el don que en D. Fernando hizo a la Iglesia, a los jóvenes y a nuestra inspectoría. Si su vida ha sido, toda ella, una admirable entrega a los demás, por la que no pedía reconocimiento ni recompensa, su muerte, envidiable, ha emocionado, ¡y evangelizado!, a cuantos la hemos presenciado más de cerca. Cuando se le advirtió con toda claridad que el mal era grave, y pudo superar su instintivo optimismo vital que le llevaba a minusvalorar lo menos agradable o negativo en lo que le ocurría, se puso tranquilamente a disposición de Dios. Tres días antes de morir, y antes de perder la conciencia, se despedía de su hermano Nicolás y del director de la comunidad con un

triple y enfatizado "*El paraíso, el paraíso... ¡Nos veremos en el Paraíso!*". Tenemos la certeza que él ya nos ve desde Dios, que se ha unido a D. Bosco en la contemplación del Invisible y en la continua intercesión por todos nosotros.

Cinco o seis meses antes de fallecer, cuando aún nadie podía pensar en su próxima muerte, pues gozaba de una enviable salud a sus ochenta y dos años, D. Fernando se presentó al director de la comunidad y, con calculada ingenuidad, le rogó que fuera él quien le escribiera la carta mortuaria. Superada la sorpresa inicial, el director apenas pudo encontrar una buena excusa, pues D. Fernando le insistió aduciendo que el encargo le iba a resultar fácil, ya que dejaba un cuaderno con sus recuerdos, unas "memorias salesianas", según él mismo había titulado; como no pensaba verse obligado a hacerlo, el director no tuvo inconveniente en prometérselo. Un día después de su muerte, aparecía de forma fortuita en la casa inspectorial un sencillo bloc de notas, ochenta páginas escritas por ambas caras bajo el título "Memorias Salesianas de D. Fernando Bello"; una Comisión para la Historia de los Salesianos en España le había pedido encarecidamente redactarlas en 1978 como "un servicio que la Congregación me pide", según anotaba al inicio con pudor D. Fernando. Cumpliendo su deseo, nos servimos de esas memorias para redactar un apunte de biografía. A D. Fernando la inspectoría de Madrid le debe mejor recuerdo, sin duda; mientras llega un biógrafo más capaz, démosle la voz al protagonista.

1. Apunte autobiográfico

Nací el 21 de Mayo de 1916 en una aldea de Orense, La Boullosa, a 30 km. de Allariz, donde había un colegio salesiano. Allí me enviaron mis padres como alumno externo los años 1928 y 1929.

El ambiente del colegio me agradó mucho, pues suplía la familia que no estaba a mi lado. Fui nombrado secretario de la "Compañía de San Luis" y recuerdo que me propuse para dar buen ejemplo ayudar a misa de madrugada antes de la que se celebraba para los alumnos. Un día, un sacerdote forastero, a quien asistí mientras celebraba, me dijo que podría ser un buen salesiano; era D. Marcelino Olaechea, provincial que estaba visitando el colegio. Desde aquel momento se puede decir que me ilusionaba mucho poder ser salesiano. Se lo dije a mis padres y no se opusieron; mi madre añadió, incluso, que le encantaría tener un hijo que fuese buen sacerdote.

Un año más tarde, y acompañado por D. José María Peiteado, director del Colegio de Allariz, ingresé, junto con otros once jovencitos, en el aspirantado, que estaba en el Colegio del Paseo de Extremadura. Eran años de revuelta y agitaciones políticas. [El 11 de mayo de 1931, proclamada la República, presenció el intento de asalto del colegio]. Al terminar el segundo año nos trasladamos a Carabanchel. Las cartas que nos escribían nuestros padres denotaban inquietud y preocupación constante. Los aspirantes vivíamos entonces muy al margen de cuanto sucedía; ni leímos la prensa ni se escuchaba la radio.

Al término del cuarto curso de aspirantado me aguardaba una gran sorpresa: salí elegido como representante de los aspirantes para asistir a la canonización de san Juan Bosco en Roma, en compañía de 30 salesianos más de la inspectoría. Este viaje a Roma y a Turín, en vísperas de mi ingreso en el noviciado (15 de agosto de 1934), sería para mí como una inyección de amor a la vocación salesiana y mi intención fue siempre pedir a san Juan Bosco la gracia de llegar a ser sacerdote salesiano. Excuso decir que, desde entonces, profeso una gran devoción a Don Bosco y gran amor a la Congregación Salesiana, a la que he procurado servir sin reparar en las dificultades.

Tras el noviciado no pude completar los estudios de filosofía, tan fundamentales al sacerdocio; la guerra civil nos lo impidió. Estábamos en Mohernando; nuestro Director era D. Miguel Lasaga y el Sr. Inspector, D. Felipe Alcántara, se hallaba también allí. Un día las milicias comunistas de Guadalajara nos echan de Mohernando y nos dirigimos al río Henares, llevando cada uno una manta y algunas provisiones. Antes de salir, y reunida toda la comunidad en la capilla, el Sr. Inspector nos da la bendición de María Auxiliadora y nos anima a ponernos en manos de la Providencia. Acampamos cerca de Mohernando, a la orilla del río. El Director, con cuatro jóvenes salesianos en edad militar habían sido conducidos a Guadalajara; más tarde supimos que habían ingresado en la cárcel de aquella ciudad, en donde, meses después, fueron asesinados.

Al tercer día de nuestro escondite nos descubrió una patrulla de milicianos y nos llevaron detenidos a Guadalajara. Allí pudimos ver gran cantidad de milicias populares armadas, que

al saber que éramos seminaristas trataban de lincharnos. El Gobernador Civil ordenó que nos llevaran de nuevo a Mohernando. Al día siguiente se presentó un coche del ejército; su jefe, que resultó ser antiguo alumno, nos aconsejó calma, garantizándonos que seríamos trasladados a Madrid. Así fue. Al pasar por Alcalá detuvieron a un sacerdote novicio, llamado Andrés, a quien asesinaron al lado de la carretera, tomándolo por el superior de los seminaristas.

En Madrid nos llevaron a la comisaría de Montalbán, 5; de allí a la Dirección General de Seguridad, ingresando después en la cárcel de Ventas. En una gran sala nos colocaron a todos los salesianos, junto con un grupo de Hermanos de las Escuelas Cristianas de Griñón. Calculo que seríamos cerca de cien. Como éramos todos religiosos, pudimos organizar nuestra vida allí, poniendo particular empeño en la oración, en mantener limpio el local y en ser prudentes y caritativos, respetuosos sobre todo con los carceleros. El espíritu de oración y confianza en el Señor nos mantenía serenos.

Nuestro porvenir era incierto. Desde la cárcel oíamos el tiroteo y los bombardeos de los aviones. Los víveres escaseaban y nuestra comida consistía en un poco de arroz y un trozo de pan. Dormíamos sobre unos colchones de paja en el suelo. Un servidor permaneció allí seis meses. Fui el primero en obtener la libertad. Era el 6 de enero de 1937. Me citaron a juicio y me declararon inocupable.

Me encontré en la calle. No sabía qué hacer. Habíamos ingresado en la cárcel con la única ropa que llevábamos puesta y nuestro aspecto era lastimoso. Después de deambular por Madrid, fui a parar a la calle Atocha; en la posada "San Blas" pedí habitación para pernoctar. El encargado me tomó la

filiación y me advirtió que debía avisar a la policía. Ocupé la habitación número 13, recé mis oraciones, invoqué con todo fervor la protección de María Auxiliadora y San Juan Bosco y pronto quedé profundamente dormido.

Me despertaron unos fuertes golpes sobre la puerta. Eran dos milicianos policías. Contesté las preguntas que me hicieron y me entregaron una tarjeta para presentarme, al día siguiente, en su oficina para ser colocado. Cuando me desperté eran ya las 11 de la mañana. No sabía qué hacer, si buscar colocación o ir a la cárcel y preguntar por la situación de mis compañeros, entre los cuales estaba un hermano mío. Me dirigí a la cárcel y, no sin dificultades, logré hablar con el director, quien me dijo que él nada podía hacer, pues mis compañeros esperaban ser juzgados; me recomendó que me dirigiera a cualquier cuartel para defender con las armas la causa de la República.

Con el director había un joven periodista chileno. Había presenciado la conversación y dijo: "Este joven debe ser escuchado. La República debe proteger al inocente. Como periodista extranjero me hago eco de su solicitud y le ofrezco cooperación". Era Bobby Deglané, antiguo alumno salesiano, que sería después famoso locutor de radio. Por su mediación pude ser acogido en la Embajada de Chile, donde pasé todo el tiempo que duró la guerra, sin ser molestado y con facilidad para asistir diariamente a misa.

Terminada la guerra, me reuní con mis compañeros en Carabanchel; algunos habían perecido, víctimas de la guerra. Pudimos ir a visitar a nuestros padres, con quienes habíamos estado incomunicados. También mi hermano regresó. Después de un mes y tras breve estancia en el colegio de Orense,

regresé a Mohernando para terminar los estudios de filosofía. Éramos siete estudiantes, pero no había profesor. Un día, hacia final de curso, apareció un misionero, D. José Luis Herrero, que venía de Thailandia; él, que era doctor en Teología, nos explicó algo de filosofía.

El tirocinio (1941-1942) lo pasé en Béjar, muy contento y atendiendo a los chicos con la mejor voluntad. El tiempo libre me ocupaba en barrer, pues no había servicio de limpieza. Vivíamos muy austera mente. Cuando terminé los dos años de tirocinio, el Sr. Director, D. Buenaventura Roca, que me quería mucho, me dijo que le pidiera lo que necesitase. Yo pedí lo que me pareció y él me contestó: "Te daremos el duplo". Así que llevé ropa y calzado para los cuatro años de Teología.

Cursé normalmente los cuatro años de Teología en Carabanchel (1943-1946). Estos años los considero de los más felices y aprovechados de mi vida. Estamos todos los teólogos salesianos de España. La guerra nos había enseñado muchas cosas; éramos veteranos en el orden, disciplina y austerioridad. Había espíritu de piedad y las funciones litúrgicas impresionaban. Vivíamos alegres; recordaré siempre las sobremesas, en las que tomaba parte. Tuve, yo creo, cualidades para el teatro; se me daban bien los papeles cómicos.

Hice la profesión perpetua el 23 de junio de 1945 y fui ordenado sacerdote, un año después, junto con otros 19 salesianos (el llamado grupo de los 'viginti', famoso porque acaparábamos los principales cargos en el Teologado) el día 15 de Junio de 1946; tenía 30 años. Mi vocación al sacerdocio fue constante. La primera misa, en mi pueblo, fue

el 29 de Junio, todo un acontecimiento; mis padres se sintieron santamente orgullosos.

Fui destinado como catequista a las Escuelas Profesionales de Deusto (1946-1951), que era un internado de 400 jóvenes (de 14 a 20 años). Eran tiempos de escasez; el reglamento de nuestros internados era inflexible y se requería tacto y arte para trabajar con los jóvenes internos. En los cinco años que pasé en aquel colegio tuve oportunidad de desarrollar con alegría los primeros años de sacerdocio, que suelen ser los más fervorosos. Pude influir bastante para serenar el ambiente, a veces tenso del internado; los muchachos soportaban a disgusto la educación física y política, a cargo de profesores, algunos de los cuales pertenecían a la policía secreta. Como gallego que soy, procuraba mediar para que no llamaran la atención, despertando en ellos el orgullo de que nuestro colegio tuviese el máximo prestigio.

Después me nombraron Director de Baracaldo (1951-1954), uno de los colegios más antiguos y más pobres. El edificio, sin agua corriente ni calefacción, era viejo, pequeño y destaladado; aquel caserón reclamaba ser renovado o sustituido. Pronto observé que el pueblo apreciaba a los salesianos y la devoción a María Auxiliadora era algo impresionante. Con la ayuda de la empresa "Altos Hornos de Vizcaya" y antiguos alumnos que allí trabajaban reformamos enseguida las instalaciones y a decentramos el colegio, que tenía entonces poco más de 200 alumnos externos. La comunidad salesiana, dedicada por completo a la juventud obrera de Baracaldo, atendía tres obras: el Colegio, la Escuela de Trabajo del Ayuntamiento, y las Escuelas de Burceña; se llevaba a cabo una labor eficiente y sacrificada. La labor de D. Tomás Alonso y D. Victorio Mirón en la Escuela de Trabajo,

además de eficaz y prestigiosa, procuró un buen grupo de vocaciones. Fueron tres años muy positivos que recordaré siempre. Allí pude palpar la eficacia de la labor llevada a cabo por salesianos auténticos, que, fieles a Don Bosco, cumplieron la consigna de "propagad la devoción a María Auxiliadora...". Ellos habían sembrado, nosotros pudimos ver el fruto.

Fui destinado a Atocha, como director. En la casa, muy compleja y dinámica, formaban comunidad con los salesianos el Sr. Inspector, entonces D. Alejandro Vicente, y los miembros del Consejo. La comunidad era la más numerosa de la Inspectoría. Era un mundo de actividades; al principio, me asustó el panorama. Cuando aún estaba adaptándome, el Sr. Inspector, que había sido director de la casa y la había dotado de grandes edificios después de la guerra, me encargó que levantara la iglesia; me ofreció ayuda, pero no dinero, del que no disponía: "Tengamos fe en María Auxiliadora", me dijo [Sólo D. Fernando sabía cuánto pudo 'costarle' encargarse de la construcción 'a las órdenes' de D. Alejandro Vicente]. Durante los seis años que estuve en Atocha (1954-1960) como director pasé muchos apuros a cuenta de las obras, que no logré acabar. La consigna era hacer una inmensa 'catedral', de tres pisos: la cripta, para los alumnos; la nave principal, para los fieles; el piso superior, para concentraciones masivas. ¡Eran otros tiempos!.

La Providencia nos bendijo extraordinariamente; se logró gran prestigio en el campo de la enseñanza, siendo nuestra escuela profesional una de las más prestigiosas de Maestría Industrial, oficialmente reconocidas. Había un floreciente Oratorio Festivo. El externado funcionaba bien y los alumnos, al terminar el comercio práctico, eran muy solicitados en bancos y oficinas. La Asociación de AA.AA. y el Círculo 'Domingo

Savio', lo mismo que la Archicofradía, estaban muy florecientes. Era una comunidad con mucha iniciativa y capacidad de trabajo.

Al terminar los seis años, fui destinado como director al colegio de San Fernando-Madrid (1960-1968). Conocida es la labor que la Congregación desarrollaba en aquel Centro, que atendía a un millar de huérfanos, en régimen de internado. Eran chicos privados de ambiente familiar normal. La comunidad estaba formada por salesianos estupendos, unos cuarenta; allí encontré un buen número de coadjutores. No recuerdo que nadie abandonara la vocación; vivíamos alegres. El trabajo era grande; la presencia de los salesianos con los chicos, constante; se vivía espíritu de verdadera observancia. Mi experiencia de Deusto y Atocha me fue muy útil para dar impulso a la formación profesional, base del porvenir de aquellos huérfanos. Al final de cada curso los alumnos eran presentados a la reválida para conseguir el título de Oficial Industrial, aunque un considerable número fracasaban.

Para renovar las instalaciones y comprar maquinaria, logramos percibir subvenciones del Ministerio, que las había suspendido hacia años por diferencias con la Diputación. Llamaron mucho la atención de las autoridades las dos exposiciones de los trabajos realizados por los alumnos, realizadas, la primera, al tercer año de mi gestión, y la segunda, la mejor de mi vida salesiana, al finalizar el sexenio. El restablecimiento de un sistema de becas, el fomento sistemático del deporte y la creación de nuevas instalaciones, la apertura del colegio a la sociedad que se favorecía mediante la frecuente visita de autoridades, y la mejora en la relación con las familias de los alumnos cambiaron profundamente la vida de los alumnos; se había logrado hacer del colegio uno más, sin complejos. El

colegio fue adquiriendo un prestigio social hasta entonces desconocido. Con la ayuda económica de la Diputación Provincial y las subvenciones y becas del Ministerio de Educación se había mejorado mucho; éramos considerados uno de los mejores Centros de Formación Profesional.

Al acabar el sexenio, cuando pensaba cesar en el cargo, el Sr. Inspector, D. Maximiliano Franco, me prorrogó por otro trienio. ¡Bendito sea el Señor! El colegio no necesitaba de mi para nada; había una comunidad serena, competente y el ambiente escolar era estupendo. El Señor, que tanto me había bendecido, me reservaba días amargos [una verdadera 'kénosis', tomando la expresión de D. Pedro López]. En el sufrimiento se purifican las almas. Hemos de estar siempre dispuestos a seguir a Jesús crucificado. Fue durante mi octavo año, cuando el periódico 'Pueblo' publicó tres artículos contra el colegio; era marzo de 1967. Nunca llegué a comprender el motivo de esa campaña. El primer artículo era una dura crítica contra el Colegio y su sistema educativo; el segundo, insistía sobre lo mismo y simulaba un diálogo con el Director del Centro; en el tercero se invitaba al pueblo madrileño a llevar a los huérfanos golosinas, sonrisas y cariño. Varios periódicos se hicieron eco de cuanto publicó 'Pueblo'; sólo el diario 'YA', que envió un reportero a vivir un día en el colegio, reflejó la verdad; su artículo calmó muchas inquietudes.

En el colegio estábamos todos muy afectados; yo me desvelé de tal manera que no conciliaba el sueño y mi salud se resintió seriamente. El Sr. Inspector, D. Emilio Burgos, se había hecho presente tan pronto se publicó el primer artículo. Los chicos y, sobre todo, los AA.AA. estaban indignados. La Diputación se sintió también atacada, aunque indirectamente, y reaccionó ordenando una investigación y protestando enérgicamente

ante el director del periódico y enviándole una nota en la que se defendía la labor educativa de los salesianos y la persona del director. El mal estaba hecho. Tuve que pasar unos días en Galicia, con mi familia, para reponerme; allí me llegó un paquete de cartas de los chicos que me mostraban su afecto y gratitud; eran cartas muy emocionantes, que hablaban por sí solas, poniendo de manifiesto la eficacia de la labor salesiana. Me repuse pronto y regresé al colegio para terminar el curso.

Cuando pienso en este triste y emocionante capítulo de mi vida, pienso en que lo que importa es ser fieles al Señor, que hará resaltar la verdad y sacar bien de lo que nos parece un mal. Los sufrimientos nos asemejan al Salvador.

El curso siguiente estuve destinado a Salamanca, como administrador del Teologado (1968-1969); de allí pasé, también como administrador, al seminario de coadjutores, Carabanchel Alto (1969-1972). Se me hizo muy agradable la estancia con los aspirantes coadjutores; el director era D. Maximiliano Francoy; creo que él me apreciaba mucho, como yo a él. Económicamente, pasé mis apuros; la casa era nueva y exigía mobiliario y enseres. La Providencia no nos faltó.

Recién nombrado, el nuevo Inspector, D. José Antonio Rico, me comunicó que me habían designado como posible director de la nueva fundación en Bata (Guinea Ecuatorial). Siempre tuve como norma no poner obstáculos a las indicaciones de los superiores. Pedí información sobre la futura labor y me declaré dispuesto a salir para ese destino inesperado.

Llegamos a Bata el 4 de octubre de 1972; me acompañaban los sacerdotes D. Vicente Ríos y D. José Antonio Zazo, el coadjutor D. Silvano Ordóñez, y los clérigos D. Diego

Rodríguez, D. Enrique Peralbo y D. Fernando Domenech. El gobierno de la República de Guinea Ecuatorial había solicitado reiteradamente nuestra presencia, para que nos hiciéramos cargo del Colegio "Enrique Nvó". El colegio había sido construido por España y regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, hasta que Guinea alcanzó la independencia (1968). Antes que nosotros, una comunidad de PP. Escolapios estuvo al frente del colegio durante 15 meses, en 1970, hasta que fueron expulsados del país. Nosotros fuimos allí impulsados por la fe y la esperanza en un momento de renovación religiosa de la iglesia misionera.

El edificio, con aulas suficientes para un millar de alumnos, estaba bien construido, aunque algo descuidada su conservación. Fuimos muy bien recibidos por las autoridades civiles; los misioneros claretianos nos colmaron de atenciones. El paisaje tropical nos impresionó muchísimo y el clima húmedo: ¡era un mundo nuevo para nosotros!. Celebramos la eucaristía en la Catedral de Malabo, y nos ofrecimos al Señor como sus mensajeros y testigos. De allí pasamos a Bata, huéspedes de los claretianos, que nos trajeron con suma caridad en todo momento. En pocos días pudimos independizarnos, arreglándonos con lo indispensable.

Las clases comenzaron con nuestra llegada; la afluencia de chicos era excesiva. Los jóvenes no tardaron mucho en adaptarse a nosotros y en querernos; nos costó algo más organizar el internado, formado por un centenar de alumnos, mayores de 18 años, algo indisciplinados. La escasez de alimentos acabó con el internado al final de ese curso. El ambiente de penuria iba en aumento; aquella población depauperada no podía sobrevivir sin medicinas; D. Vicente Ríos hacía llegar desde España, cada verano, grandes

cantidades de ropa y medicamentos, que salvaron muchas vidas; el quinto año logró una carga de cuatro toneladas, regalo de varios laboratorios, valorada en seis millones de pesetas.

Desde los primeros días, tuve que hacer de cocinero, hasta que pude instruir a Antonio, un nativo; llegué a disponer de una serie de menús, bien estudiados y adaptados a aquella realidad. Para mí ser cocinero era no pequeño sacrificio. La cocina era de leña y el calor, insopportable; pero lo hacía con gusto, pensando que era un buen servicio a mis hermanos. La comunidad estaba bien atendida; nuestra convivencia era muy familiar. Sólo después de cuatro años, pudimos tener agua corriente en las habitaciones, gracias a D. Anselmo Pérez, muy dado a trabajos caseros.

A poco de llegar, el gobierno había cambiado de política. Aunque el pueblo de Guinea era muy religioso y estaba cristianizado, sus autoridades, siguiendo el ejemplo del Sr. Presidente (Macías Nguema), dejaron de asistir a los actos religiosos; se dificultó la labor a los misioneros, se suprimió la enseñanza de la religión, se expulsó a misioneros o se los encarceló pidiendo grandes sumas de dinero por su libertad. Nosotros parecíamos la excepción, hasta que, tras una campaña antiespañola, fue expulsado también D. Agustín Cuevas, acusado de despreciar las consignas del Sr. Presidente de la República. La situación se hizo tensa; algún salesiano pensaba solidarizarse con Agustín y abandonar el país; dejamos de cobrar nuestros sueldos. El Sr. Nuncio, que nos visitaba cada año, nos animaba a seguir, diciéndonos que nuestra presencia era imprescindible. La verdad es que la persecución y el terror impedía toda labor misionera.

Terminado el primer trimestre del curso 1976-77, una comunidad de religiosas españolas (Santo Ángel) nos había invitado a pasar la tarde; asistieron dos clérigos (Jacinto Fernández y Santiago García), que llevaron, a petición de las hermanas, una guitarra y una máquina fotográfica. De improviso irrumpieron en la casa unos comisarios políticos, que denunciaron la reunión como ilegal y detuvieron a los presentes. Poco después hubo un registro en el colegio; en la habitación de un clérigo encontraron una cinta magnetofónica que recogía un discurso oficial contra España. Fuimos apresados y, después de un simulacro de juicio popular, enviados a los calabozos de la Dirección de la Seguridad, en Bata. Allí fuimos maltratados; el calor, los mosquitos y el mal olor nos impedían dormir día y noche. El Señor hace que en la debilidad seamos fuertes.

Trasladados a la cárcel, vivíamos como los demás presos, obligados a trabajar en roturar fincas y chapear junto a las carreteras. El día de nuestro ingreso coincidió con que, en un acto político en honor de Macías, había que proclamar las 'condenas', una larga letanía de vivas y condenas que la radio repetía constantemente. El elegido fue D. Vicente Ríos, el más anciano de todos, quien no acertó a declamarlas: ¡bueno estaba D. Vicente para peroratas! Jacinto, el clérigo, trató de salvar la situación, ofreciéndose como substituto; y lo hizo tan bien que los guardias le felicitaron y los presos se alegraron. Con esta ocurrencia de Jacinto fuimos como un preso más.

Chapear es un trabajo duro, agotador, inhumano. Pronto se nos formaron grandes heridas, infectadas por el calor y la suciedad. Nos fortalecía sufrir por Jesús, por ser misioneros, por ser salesianos, por compartir aquellos sufrimientos con el pueblo guineano y la iglesia de África. ¡Era un calvario!

¡aquél sí que era un viacrucis! Nunca nos vimos tan cerca de Jesús crucificado como en aquellas jornadas de trabajos forzados en plena selva! Todos los días dos religiosas del Santo Ángel nos traían ropa, medicinas y comida. ¡Aquellas religiosas fueron la Providencia! ¡Dios las bendiga!

D. Vicente, a sus 72 años, cayó enfermo de agotamiento y fue ingresado en el hospital. Nos dispensaron del trabajo y nos encargaron de la limpieza de la cárcel. Fuimos reponiéndonos. Yo tenía los pies llenos de heridas. Estábamos todos maltratados por el duro trabajo de la selva, pero serenos y resignados. Nos pasábamos el tiempo rezando; también se pensaba mucho, se meditaba. Se nos había impuesto una multa de 11 millones de pesetas guineanas; pensé que aquello significaba 'cárcel para rato'. A los pocos días quedamos en libertad todos, menos los benjamines de la comunidad, Jacinto y Santiago.

Regresamos al colegio, que había sido saqueado, al tiempo que llegaba a Bata el barco con 4 toneladas de carga para nosotros. Como si nada hubiera pasado, nos entregaron la mercancía. Nos repusimos de ropa, alimentos, vitaminas.., y en poco tiempo todo se puso de nuevo en marcha. Atendíamos lo mejor posible a los chicos. Hacía un mes que nos habían encarcelado. ¡Qué Eucaristía aquella! ¡Nuestra Madre María Auxiliadora! ¡San Juan Bosco misionero! ¡Nuestros hermanos de España! D. Vicente Ríos, muy decaído, regresó a España e informó sobre los sufrimientos de nuestro cautiverio. El director hacía la comida para los dos hermanitos presos; D. Anselmo y D. Silvano se turnaban para llevársela todos los días.

Para liberarlos se nos exigía pagar una multa de cinco millones de pesetas guineanas, una cantidad astronómica. Tras varias y delicadas diligencias de D. Anselmo, se logró reunir el dinero y guardarlo en la Embajada de España en Malabo, pero seguían existiendo dificultades para transportarlo a Bata. Excuso decir el sufrimiento que esto nos causaba, tanto más que sabíamos que Jacinto y Santiago habían sido apaleados dos veces. En Madrid el Sr. Inspector, D. José Antonio Rico, se movió incansablemente, tratando por todos los medios de ayudarnos. Finalmente la cantidad fue abonada; los dos salesianos fueron liberados y expulsados del país. Cuando supimos que habían llegado a Madrid, nuestra alegría fue inmensa. El Señor nos iba conduciendo a puerto seguro.

Nos dedicamos a repartir la ropa, alimentos y medicinas que habíamos recibido, pues sabíamos que a nuestra salida robarían todo. El curso llegó a su término y, entregadas las llaves del colegio, salimos para Malabo el 20 de Junio de 1977; dos días después llegábamos a España. Fuimos recibidos con abrazos y lágrimas. Alegres por llegar, pero tristes interiormente por tener que dejar huérfanos a aquellos niños de Bata y aquellos cristianos tan sencillos y respetuosos. Todo pasó. 'Misericordias Domini in aeternum cantabo'.

Fui destinado a Guadalajara como administrador; pero a los dos meses tuve que dejar la responsabilidad. Los sufrimientos habían dejado huella y me sentía como deprimido, sin apenas poder dormir. Marché a Arévalo como confesor, en donde estoy encantado y totalmente repuesto".

Hasta aquí llega su propio relato. En Arévalo D. Fernando derrocharía amabilidad y cercanía entre los aspirantes durante tres años (1977-1980). Instaurado un nuevo régimen en Guinea, se favoreció el regreso de congregaciones religiosas en calidad de cooperantes españoles para favorecer la reconstrucción del país. D. Fernando quiso estar entre los primeros que volvieran - ¡cómo no! - a Bata. "Nos incorporamos, recuerda D. Alberto González, *integrando el grupo de docentes de la enseñanza; componíamos un grupo heterogéneo, tanto por su procedencia religiosa o seglar, como por sus cometidos personales. Todo era precario, insuficiente y provisional; nuestro responsable era D. Fernando, que contaba con experiencia y amistades. Responsabilidades y penurias cargaron sobre él, principalmente: lo mismo trataba con autoridades que atendía a las necesidades más domésticas. Su humildad, compañerismo y capacidad de sufrimiento no se vieron mermadas en ningún momento. Siempre lo encontrábamos sereno y apacible*".

En Bata pasó cinco años, primero como encargado de la comunidad (1980-85), seis más, como director (1985-1991). Al terminar, fue trasladado a Malabo como confesor de la comunidad Elá-Nguema (1991-1993), aunque la edad y una incipiente incapacidad de movimientos aconsejaban ya el regreso a España. D. Fernando se resistía a abandonar África, hasta que una fractura del fémur (14.02.1993) precipitó el retorno. Con no poca gracia contaría después los pormenores de

su accidentada repatriación, en la que, decía, '*había visto algo más que las estrellas y poco cielo*'.

Tras un período de convalecencia en la casa provincial y una nueva intervención quirúrgica, fue destinado a la casa de Atocha-Don Bosco, como confesor de la comunidad, el 27 de septiembre de 1993, donde permanecerá hasta su muerte. Aún tendrá tiempo para celebrar, el 30 de Junio de 1996, las Bodas de Oro Sacerdotales en el Tibidabo junto a siete de los primitivos veinte compañeros, "*todos de gran valía, heróicas vocaciones fraguadas en los tres años de la guerra*" (D. Emilio Alonso). "*Días de emoción y gratitud al Señor*", dejará anotado. Y al año siguiente, será invitado por la comunidad salesiana de Baracaldo a celebrar el centenario del colegio; el 22 de mayo de 1997 celebró la eucaristía y predicó una emocionada plática, que había preparado con esmero y cuya copia conservó hasta la muerte.

Un hermano de comunidad, que convivió con él estos últimos años y que pudo conocerle íntimamente, resume con acierto la impronta que ha dejado en comunidad. "*He admirado en D. Fernando la preocupación por servir a la comunidad con pequeñas encomiendas que él mismo se dio y a las que fue fiel hasta el final, también estando ya enfermo; me ha edificado su constancia y puntualidad en atender las confesiones en la parroquia durante horas, todos los días; me sorprendía su interés por estar al día de los acontecimientos sociales y políticos*

y, sobre todo, por actualizarse en temas morales, debido a su actividad como confesor. En raros momentos de intimidad solía expresar su agradecimiento a Dios, y a la Congregación, por darle estos 'últimos' años en una comunidad en la que nada le faltaba, y el gozo de vivir la experiencia del amor de Dios, disfrutando de una paz constante y total confianza en Dios Padre; decía sentirse protegido por D. Bosco y María Auxiliadora".

2. Una página viviente del evangelio

"Sólo contamos con unos breves años de vida para cumplir la misión que nos ha sido señalada. 'Lo que el hombre siembra, eso recogerá'". Estas palabras de D. Fernando, escritas en sus "Memorias salesianas", nos revelan el secreto de su vida, que estuvo toda ella dedicada a sembrar el bien allí por donde pasó. "Por eso", decía el Sr. Inspector al iniciar la homilía del funeral, "podemos considerarla [= su vida] una página viviente de Evangelio". Lo dicho no es una exageración benevolente; refleja la convicción de la mayor parte de cuantos con él hemos convivido.

2.1 Hombre de bien

Así lo ha definido D. Pudenciano López que conoció a D. Fernando desde el año 1936; y añade, "era un hombre tranquilo, caritativo; no era capaz de enfadarse con ninguno, siempre sereno; así lo he conocido siempre, de clérigo y de sacerdote, de director y de confesor". "De porte austero y equilibrada compostura, era modesto y ponderado en su ademán; su manera de hablar y comunicarse creaba un ambiente de confianza y acogida" (D. Alberto González). "Sabio, sereno, comprensivo, tenía un inconfundible estilo y personalidad galaico-salesiana. Te hacía sentir a gusto" (D. Juan Antonio Romo). "Sabía comprender los fallos de los demás y disculpaba siempre" (D. Pedro López).

D. Filiberto Rodríguez, actual Consejero Regional, que lo conoció siendo estudiante de teología, escribe: "Tuve la suerte de ser su secretario un año, mientras él era administrador del Teologado de Salamanca (1968-1969); pude apreciar su bondad, su sentido positivo de la vida, su capacidad de relativizar todo lo que era relativizable. Poseía en grado eminentemente alguna de las mejores virtudes de su tierra: su amor a la paz y a la convivencia comunitaria, su sabiduría práctica; era un canto al sentido común y a la humanidad". "De sus muchas cualidades, escribe Santiago Cotelo, destacaría su capacidad de ver la parte buena, incluso en las cosas menos positivas, su vida aderezada de humor".

Sabía agradecer cuanto favor se le hiciera; que se pensara en él, que, simplemente, se le diera lo que necesitaba era motivo de reiterado y sincero agradecimiento. Toda su vida "*demostró tener una salud de hierro para soportar la dureza del clima, la deficiente alimentación y el exceso de trabajo, venciendo las enfermedades tropicales, que a todos nos atacaban irremisiblemente*" (D. Alberto González). Supo vivir la ancianidad en paz consigo mismo y transmitiendo paz a su alrededor; compartía su experiencia de la vida y su sabiduría con quien lo deseara. Por su enviable salud, de la que no dejaba de ufanarse, se sentía obligado a trabajar en comunidad, arrogándose tareas que nadie le había encomendado, sin permitirse vivir 'jubilado' ni permitírnoslo.

2.2 Salesiano íntegro

"*Señor, dejó escrito, vengo a decirte que estoy dispuesto a marchar junto a Ti. Aquí estoy, Jesús. Lucharemos juntos, gozaremos juntos*". Su vida y su muerte atestiguan mejor que cualquier discurso que D. Fernando estuvo dispuesto a caminar junto al Señor: fue siempre donde le indicó la obediencia y marchó junto a su Señor cuando Éste lo dispuso, de buen ánimo, haciendo natural lo arduo como era norma en él.

Religioso ejemplar, vivió entregado a cuanto se le confiaba; era "*muy adicto a los superiores*" (D. Emilio Alonso), quienes "*debieron ver en él al hombre de confianza y fidelidad, dentro de esa especie de 'gramática parda' que, como buen gallego, practicaba como cosa naturalísima*" (D. Eusebio Moreno). "*Desempeñó cargos de responsabilidad y supo estar en ellos con dignidad en momentos especialmente difíciles*" (D. José Luis Ramos). De hecho, recuerda D. Anselmo Pérez, "*nunca le vi enfadado, aun en los momentos más penosos; sabía vivirlos en la fe*".

"Mostró siempre, y en todo lugar, un gran amor a la Congregación; y aun cuando le costase admitir ciertos 'cambios' de Capítulos, Asambleas..., no le escuché crítica alguna negativa. Su amor a Don Bosco era grande, hablaba de él a menudo; como grande era su amor a María Auxiliadora. Siempre estaba a disposición de los superiores; se lo oí decir en diversas ocasiones: "Nunca puse la menor objeción a una obediencia" (D. Pedro López).

Quiso hasta el final estar cercano a los jóvenes y a su mundo; quería comprender no sólo las modas y los modos de hablar juveniles, que él mismo empleaba con acierto una vez entendidos, sino, sobre todo, sus razones más profundas y sus necesidades. Frente a los jóvenes fue la suya una actitud de respeto y acogida, de búsqueda y de simpatía; sabía valorar el trabajo de los salesianos más jóvenes y apoyaba su entrega defendiéndolos en público,

si lo creía conveniente. Juan José Ochoa, que vivió con él los últimos seis años, es testigo fidedigno.

A su interés por no desengancharse del mundo juvenil iba pareja su sincera preocupación por mantenerse en continua formación. Quien ha entrado en su habitación tras su muerte, ha encontrado escasas, muy escasas y poco valiosas, pertenencias, pero varios cuadernos y muchas hojas sueltas, escritos en los que resumía lecturas o conferencias, repasaba temas de teología práctica, agrupaba los pensamientos espirituales sugeridos por el correspondiente predicador de retiros y EE.EE., reflejaba problemáticas surgidas a raíz de las confesiones que escuchaba o preparaba homilías lo mismo que sobremesas. Lamentaba con frecuencia no haber tenido una formación inicial suficiente, pero no se contentó con mantenerse insuficientemente formado.

Preocupado por la buena marcha de la comunidad, solía aprovechar algún rato para desvelar al director las necesidades personales de algún hermano y aconsejarle, cuidándose mucho - eso sí - de dar esa impresión, cómo sería más conveniente actuar. En cambio, nunca se atrevió a valorar las actuaciones del novel director, a pesar de la petición, expresa y repetida, de éste. No ha podido tener mejor consejero, maestro mejor.

A pesar de cierta reserva y comedimiento en el trato, estuvo dotado para el teatro: "*bordaba los papeles con gran creatividad y alegraba a pequeños y grandes con*

gran maestría. ¡Quién no le recuerda cantando como ciego la tragedia del padre que mató a su hijo para librarse del servicio militar! En Mohernando aún es recordado por los mayores del lugar" (D. Emilio Alonso). Fue muy apreciada su forma de narrar con innegable gracejo historietas o, como él los llamaba, sucedidos. "Como había estado varios años en el País Vasco, había asimilado con tal perfección el lenguaje y costumbres de los paisanos, que era un placer oírle relatar, con los giros y expresiones de ellos, un sinnúmero de anécdotas y sucesos curiosos, que probablemente él inventaba, pero que hacían las delicias de la concurrencia. De ahí que su intervención fuera uno de los números obligados en la sobremesa de los Ejercicios" (D. Inocencio Rodríguez).

D. Anselmo Pérez, compañero de misión y de pasión en Guinea, escribe: "*considero una gracia especial del Señor haber convivido con D. Fernando tantos años. Era un hombre preocupado por el bienestar de sus hermanos salesianos; supo comprender a los hermanos guineanos; sabía oír a todos, ayudar a todos; en su corazón cupieron cuantos llegaron a él confiándole sus penas*". "*Acertado consejero, asumía las dificultades de los hermanos de la comunidad hasta con agobio y compromiso personal. Recuerdo que por los tiempos en que estaba construyendo la iglesia de Atocha, el internado vivía con penuria; escaseaban los alimentos y no se cubrían las exigencias presupuestarias de los talleres. Cuando requeríamos apoyo económico, D. Fernando nos atendía*

siempre y se las ingenia para socorrernos, recabando aportaciones que con toda ilusión nos entregaba" (D. Alberto González).

La vocación misionera le vino más como propuesta de un superior que como inclinación personal. Pero la abrazó, ¡superados ya los cincuenta años!, como si de amor de juventud se tratara, "*con genial espontaneidad*", en expresión de D. Eusebio Moreno. En Guinea Ecuatorial sufrió maltratos y prisión, y a Guinea volvió pocos años después liderando la 'segunda' expedición misionera. "*En Guinea se volcó sin horarios ni descanso, tanto en días laborables como en festivos, dedicado a la docencia, a la catequesis de los niños, a la asistencia cotidiana a los adultos y necesitados. Todo su afán fue recabar medicamentos, alimentos y enseres, para repartirlos entre la población más desfavorecida*" (D. Alberto González). De ello damos fe, quienes le hemos acompañado en los últimos años. D. Fernando anotaba cuidadosamente quiénes le ayudaban y a quiénes ayudaba él, cuánto enviaba, cómo y a quién encomendaba la delicada tarea de repartir; sus instrucciones eran precisas y seguían un criterio: había que empezar por los que menos tenían. De Guinea "*hablaba sin cansarse ni agotarse. No había peligro de que la conversación se apagara por falta de ideas*" (D. Inocencio Rodríguez).

No volvió a Guinea, por más que lo deseara; pero Guinea se quedó con él. En el mural del ábside de la

iglesia parroquial de Elá Nguema (Malabo) queda su retrato, "bastante logrado", dicen los que lo han visto; no hay duda de que allí estuvo su corazón y ahora su más apremiante intercesión. De Burkina Faso nos llega el testimonio de quienes compartieron con él una parte de su vida en Guinea: "*hemos sido testigos de su cariño y entrega por este continente querido y preferido por Dios. Desde aquí, no sólo nos acordamos y rezamos por D. Fernando, sino que también le decimos ¡GRACIAS!, y en la confianza de que él ya está intercediendo junto al Padre por nosotros, le pedimos que de una manera especial mire y vele por estas tierras y estas gentes africanas tan queridas para él*" (Faustino García-José Santiago Herrero). Convicción que comparte también quien compartió allí vida y sufrimientos con D. Fernando: "*Puedo asegurar que tenemos en D. Fernando un poderoso intercesor para los que trabajamos en esta parcela de la Iglesia que llevaba en su corazón*" (D. Anselmo Pérez).

2.3 Santo sacerdote

"*He de vivir en una actitud de entrega a Dios. Cada día que pasa, Dios tiene mensajes nuevos, nuevas exigencias*", había anotado en sus "Memorias". La suya fue, sin duda, una espiritualidad sencilla tanto como honda, enraizada en la vida diaria y marcada por su entrega al ejercicio del sacerdocio ministerial.

Como reconocía D. Jesús Guerra, en la homilía del funeral, "*D. Fernando se trazó, como sacerdote salesiano, su propio ideario espiritual, cargado de valores y actitudes edificantes, entre los que se dan cita*

- *el espíritu de oración* ["La vida interior me exige el compromiso de hacer bien las prácticas de piedad. Toda práctica de piedad es un encuentro con Dios que reaviva mi fe y mi amor"],
- *la unión con Dios* ['Dios vive en mí y me vivifica en proporción a mi aceptación"],
- *la espiritualización del trabajo* ["Tanto se da cuanto se tiene; y tanto se tiene cuanto se obtiene de la fuente que es Jesús. ¡Cuantos activistas... podrían repetir con los Apóstoles: 'Hemos trabajado mucho.., no hemos recogido nada'"],
- *la devoción recia y profunda a María Auxiliadora, su amor a D. Bosco* ["Como salesiano, debo tratar de imitar a D. Bosco y mantener una actitud de educador cristiano y pastor de almas"],
- *su devoción a Jesús Sacramentado y el sentido de su amistad* ["Jesús es el verdadero amigo. Sólo Él sabe darnos el aliento y la fortaleza que necesitamos"],
- *la perseverancia y la fidelidad* ["¡Cuántos, que prometían mucho, no perseveraron. No basta con comenzar bien... 'Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida', dice el Señor"],

- *la mansedumbre y la humildad* ["La mansedumbre es el perfume de la paciencia; la humildad, la raíz de la mansedumbre"],
- *el valor del ejemplo* ["El ejemplo es el que da eficacia a la palabra"],
- *la alegría en el servicio a Dios* ["¡Servir al Señor con alegría! El gozo es un don del Espíritu Santo"],
- *la fe y confianza en el Señor* ["¡Fe!. Cuando en un alma se apaga la fe, es como cuando se pone el sol; cae sobre aquella alma la noche de la tristeza"],
- *la gratitud* ["Dios quiere nuestra gratitud. Lo que alcanza más gracias de Dios es la gratitud, que nos mueve a amarle más y servirle mejor"],
- *la fortaleza y la abnegación* ["Si alguno quiere venir en pos de Mí... La naturaleza rehúye el sufrimiento, aborrece la humillación. ¡Dichoso aquel a quien el Espíritu Santo concede el don de la fortaleza!"],
- *el espíritu misionero* ["El Señor nos llamó y nos envió. Igual que a Jesús, que tiene una misión que recibió de Dios. Estamos llamados a prolongar la presencia de Cristo con su estilo de vida, siendo como su transparencia en medio de su rebaño"] .

Nos hemos atrevido a confirmar las afirmaciones del Sr. Inspector citando a continuación frases que D. Fernando no escribió para nosotros, sino para sí y ante Dios, como expresión de su propia tensión hacia la santidad. Ellas

nos ponen en contacto con lo más íntimo de su ser, esa hondura espiritual vivida con tanta naturalidad como medida práctica, cuya autenticidad sí pudimos intuir quienes convivimos a diario con él.

Sacerdote ejemplar, fue también educador de sacerdotes modélico. Así recuerda D. Juan Antonio Romo sus dos primeros años como sacerdote vividos a su lado: [Fueron] "*tiempos de gran entusiasmo vividos en alegre pobreza, actividad sin frenos, arrollador amor mariano, imparable desarrollo estructural, auténtico clima oratoriano... Capital heredado en gran parte, pero también incrementado por el medio centenar de salesianos de la comunidad (¡qué falange de estupendos coadjutores!) y por la sabia, serena, comprensiva dirección de D. Fernando.. No obstante mis justos 25 años, rebosantes de inexperiencia, me dio toda su confianza. Mis ganas de apostolado no conocieron ningún límite por parte susa. ¡Cuánto me costó salir de allí!*".

"*Hermanos como D. Fernando se echan de menos y se nota su ausencia en la convivencia diaria*", nos escribía desde Roma D. Filiberto Rodríguez. Y es cierto; cuantos hemos acompañado sus últimos años echamos en falta su ir y venir por el pasillo, notamos vacío su puesto en la capilla, extrañamos su serenidad, la afabilidad de su trato y esa atenta mirada a la vida teñida de ingenio y clarividencia. "*Afortunadamente -* nos escribía D. Pascual Chávez, Consejero Regional para la Región

Interamericana, que convivió con D. Fernando durante algún tiempo - *habéis asistido a la muerte de un santo sacerdote salesiano, de esos que se van haciendo santos en la sencillez y en la cotidianidad de la vida, en el trabajo generoso y sacrificado, sin buscar nunca los primeros lugares ni los reflectores, trabajando efectivamente por el Señor Jesús y su Evangelio, teniendo en esta misión su mejor y mayor recompensa. ¡Que envida de vida! ¡Qué envidia de muerte!*". D. Antonio Sánchez Romo, que vivió su muerte, puede atestiguarlo.

La comunidad salesiana de Atocha-Don Bosco siente la necesidad de dar gracias a Dios por la vida y la muerte de D. Fernando. Queda reconocido con Dios también el director de esta comunidad; siendo niño, confesó a D. Fernando, director de Atocha, su deseo de ser salesiano; D. Fernando, que acogió esa ilusión primera y le preparó la marcha a la casa de Don Bosco, se ha dejado acompañar por él, cuando de ir a Dios Padre se trataba.

Os rogamos que os hagais vuestra nuestra oración:

Padre, te agradecemos el don que nos has hecho en la vida y con la muerte de D. Fernando.

- Su capacidad para fijarse en lo bueno y la fuerza de su paz interior nos hablaban de Ti, de tu patenidad benevolente.
- Su identificación sin fisuras con la Congregación y el fervor de su espíritu

misionero, en la madurez de la vida salesiana, son constante invitación a una mayor entrega apostólica.

Su disponibilidad para ejercer el ministerio de la reconciliación y su preocupación por mantenerse en formación continua nos enseñan a vivir con responsabilidad la gracia concedida.

Señor, por el bien de tu Iglesia, por la salvación de los jóvenes, danos salesianos según tu corazón, danos salesianos como D. Fernando.

*Juan J. Bartolomé, director.
Comunidad de Atocha-Don Bosco;
24 de Junio de 1999*

Datos para el necrologio

Sac. Fernando BELLO TOURO

Nació en La Boulosa (Orense) el 21 de mayo de 1916.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16 de agosto de 1935.

Ordenado sacerdote en Carabanchel Alto (Madrid) el 15 de junio de 1946.

Murió en Madrid el 19 de diciembre de 1998.